



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PT 2438

M4  
M38

ENTERED, according to Act of Congress, in the year 1869, by  
D. APPLETON AND COMPANY  
In the Clerk's Office of the District Court of the United States for the Southern District  
of New York.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# MARIA ANTONIETA Y SU HIJO.

NOVELA HISTORICA.

FOR

LUISA MUHLBACH.

LIBRO PRIMERO.

## CAPÍTULO I.

UNA REINA FELIZ.



RA el 13 de agosto de 1785. Al fin habia cedido la reina María Antonieta á las súplicas de sus queridos vasallos. Habia dejado su hermoso Versailles y favorito Trianon por un día é ido á París, á fin de presentarse ella misma y el jóven príncipe que habia dado al rey y al país el 25 de marzo, y recibir en la catedral de Nuestra Señora la bendición de la iglesia y los plácemes de los Parisienses.

La hermosa y muy amada reina María Antonieta, fué recibida con aclamaciones entusiastas. Habia entrado en París en una carretela, en compañía de sus tres hijos, y do quiera que la reconocian la saludaban con vivas repetidos, siguiéndola la multitud por toda la carrera hasta las puertas de Nuestra Señora, donde la esperaban muchos prelados y señores de la corte con el cardenal príncipe de Rohan á la cabeza para presentarla á la casa del rey de los reyes.

Iba sola María Antonieta, si se exceptúan la duquesa de Polignac, aya de los niños, que se sentaba en frente de ella y al lado de esta la nodriza Normanda, en su gracioso traje provincial, meciendo en los robustos brazos á Luis

Cárlos, el infante duque de Normandia. Llevaba la reina pues, á ambos lados en el asiento de honor de su coche, sus otros dos hijos, la princesa Teresa, su primogénita, y el delphin Luis, heredero presunto del muy amado Luis XVI.

No acompañaba este á su esposa en aquel viaje á París, que ella emprendió para mostrar á sus queridos y curiosos Parisienses, que se habia restablecido completamente y que sus hijos, los hijos de Francia, se abrian, como botones de rosa, símbolos de esperanza y de paz para el porvenir de la nacion.

—Ve, mi querida Antonieta, le dijo el rey á su modo agradable y con sonrisa ingenua, ve á París y daie un momento de regocijo á mi buen pueblo. Muéstrale nuestros hijos y recibe las gracias por la felicidad que me has proporcionado juntamente que á la nacion. No voy contigo porque deseo que tú sola seas la que recibe la efusion del pueblo y sus aclamaciones de júbilo. No dividiré el triunfo contigo, pero me causará doble gozo saber que tú sola le has obtenido. Ve, pues, adorada Antonieta y regocíjate en esta hora de dicha.

Fué en efecto Antonieta y tuvo un momento de placer y felicidad. Ya hemos dicho, que mientras atravesó á París, centenares de personas la reconocieron y la saludaron con vivas y aclamaciones de entusiasmo. Cuando salió de la catedral, para subir al carruaje en union de sus hijos, aya y nodriza, estaba uno tentado á creer que toda la plaza en frente de la iglesia se habia convertido de improviso en un mar oscuro y tumultuoso, cuyas negras y rugientes olas azotaban sus linderos y llevaban á los mas apartados rincones de París un rumor sordo y prolongado.

Sí, en aquel cuadro se hallaba congregada la





—Ya, ya, V. tiene que ver sus enfermos. No le detendrá mas. Adios! mi querido doctor Marat. Hasta la noche.

Con esto volvieron á separarse nuestros dos raros personajes, desapareciendo el zapatero tras la esquina mas próxima. Esta vez Marat fué el que se quedó parado, mirando alejarse á su nuevo catequizo con la expresion de malicia y triunfo mas viva que puede imaginarse pintada en cada una de sus rudas facciones.

—Hasta ahora vamos bien, muy bien, dijo para sí moviendo pausadamente la cabeza como por resorte. Hé aquí el medio de ganar la tropa y el pueblo en favor de la libertad. Buen soldado puede sacarse del zapatero ese. Ya lleva entre pecho y espalda con que ganarse una compañía entera. Triunfad y derrochad, orgullosos Borbones; soñad en vuestros artesonados palacios, rodeados de vuestras guardias Suizas. Dormios en la creencia que teneis el poder en vuestras manos y que no hay quien pueda arrebatarosle. Ya llegará el día en que el pueblo os turbe el sueño, y en que el pequeño, despreciado y feo Marat, á quien nadie conoce hoy, que se arrastra en un establo como rata inmunda, os salga al encuentro, confronte su poder con el vuestro, os empuje y os haga caer temblando en el polvo. No se pasará día sin que yo y mis amigos ganemos secuaces contra vosotros. Bien que esa necia y loca de María Antonietta parece que se ha propuesto facilitarnos la patriótica tarea. Continúa con tus niflerías, ya llegará el tiempo en que las convirtamos en pecados y crímenes, justificando tú misma así, sin quererlo, nuestros actos de venganza futura. Si, bella reina, tú tienes tu guardia Suiza que te defienda. Para eso le pagas. Yo tengo mi lengua, que es mas fuerte que tú, que tus soldados, que tus esclavos, que tu prestigio de reina. Con mi lengua he jurado vencerte y te venceré y te humillaré á mis piés.

## CAPÍTULO II.

### MADAMA ADELAIDA.

HABIA vuelto á Versailles la reina María Antonietta de su paseo en coche por París. En todo el camino habia guardado un extraño silencio, habiendo solicitado en vano la duquesa de Polignac de animar á su amiga con conversaciones alegres y risueñas, y de despejar su altiva frente de nubes sombrías. Solo habia respondido María Antonietta con monosílabos y con sonrisas forzadas y despues se habia reclinado en un rincon de su carruaje, dirigiendo de cuando en cuando miradas melancólicas al cielo, cuyo diáfano y brillante azul no parecia tener entonces atractivo ninguno para ella.

Luego que se acercaron al gran patio del palacio de Versailles, el batir del tambor de la guardia Suiza, la presentacion de armas y el movimiento general que se siguió á la aproximacion de la reina, la despertaron al parecer de la profunda abstraccion en que habia estado sumergida y la hicieron erguirse y echar una mirada recelosa en torno de sí. Sucedió que su vista tropezó con el niño que llevaba en sus brazos la nodriza, en frente de ella, y que, con tamaños ojos abiertos contemplaba el cielo, como lo habia hecho ántes su madre.

Impelida de ardiente amor maternal, la reina le tendió los brazos al niño, lo estrechó contra su seno, é imprimió fogoso beso en sus labios de rosa, diciendo en tono bajo y tierno:

—Hijo mio! querido hijo mio! Hoy por la primera vez has hecho tu entrada en París y escuchado las aclamaciones del pueblo. Quiera Dios que mientras vivas, seas el objeto de su bienvenida, y nunca mas resuenen en tus oídos las palabras que se escaparon de los labios de aquel hombre atroz!

Tras estas palabras volvió á estrechar con efusion contra su pecho al duquesito de Normandía, olvidándose del todo que se hallaba en el carruaje; que allí inmediato en el abierto portal en respetuosa postura aguardaban el desembarco de la reina los caballerizos y lacayos; que no habian cesado de batir los tambores, y que las guardias, como otras tantas estatuas, presentaban armas ante la puerta.

Aventuróse la duquesa de Polignac á indicar con medias palabras la necesidad de desmontarse, y la reina, todavía con el niño en los brazos, saltó con resolución y ligereza del carruaje al suelo, sin dignarse aceptar el revés de la mano que le ofrecia el caballerizo mayor; y sonriendo alegremente y saludando á los chamberlanes, que formaban ala, pasó por medio, se metió en el palacio y á toda carrera subió la gran escalinata de mármol.

Seguíola inmediatamente la duquesa de Polignac, mientras la princesa Teresa y el Delfín eran recibidos por sus damas de honor y conducidos á sus respectivos aposentos. La nodriza Normanda, sacudiendo la cabeza, corrió tras la reina, haciendo lo mismo los chamberlanes y damas de honor hasta la gran antecámara. Acostumbra la reina despedir á su séquito allí despues de un paseo en carruaje; pero el día de que hablamos, María Antonietta se habia metido de rondon en sus aposentos privados sin decir palabra y la puerta se habia cerrado tras ella.

—¿Qué harémos? preguntaron á los caballeros las camareras, recibiendo por respuesta solo encogimientos de hombros.

—Tendrémos que esperar; dijo al fin la marquesa de Mailly. Tal vez S. M. se acuerda de nosotras y tiene la bondad de permitir que nos retirémos.

—¿Y si lo olvida? observó la princesa de Chimay; aquí nos estaremos todo el día mientras se divierte la reina en el Trianon con las comedias fantásticas pastoriles.

—Eso es, dijo el principe de Castines encogiéndose de hombros. Hay fiesta hoy en el Trianon. Muy bien pues, puede suceder que se nos eche en olvido, y que, como la memorable mujer de Lot, nos quedemos aquí para desempeñar el ridículo papel de estatuas de sal.

—No por cierto, ahí viene nuestra salvadora, dijo la marquesa de Mailly señalando para un coche que á la sazón atravesaba la plaza del palacio. Se resolvió ayer en el consejo del conde de Provenza, que madama Adelaide hiciese un nuevo esfuerzo para traer la reina á la razon, y que entienda lo que sienta y lo que no dice en una reina de Francia. Ved, pues, de acuerdo con esa resolución, madama Adelaide se presenta hoy en Versailles y hace una visita á su augusta sobrina.

Precisamente entonces el coche de la prin-

cesa Adelaide, hija de Luis XV, tia de Luis XVI, pasó la puerta grande y penetró en el vestíbulo del palacio. Precedian al carruaje dos batidores de á caballo, dos lacayos venian de pié en la zaga y al estribo un paje á cada lado con libreas ricamente bordadas.

Ante el portal del medio, que solo podia usarlo la familia real, y que jamas habia sido hollado por uno de "bajo nacimiento," vino el coche á parar su carrera. Precipitáronse los lacayos á abrir la portezuela y una señora avanzada en años, algo gruesa, con cara irritable y bien marcada de viruelas, sin otra expresion que la de un orgullo desmedido y altivez soberana, desmontó con mucho trabajo, apoyada en los hombros de los pajes, y con no ménos dificultad subió los escalones que conducian al gran vestíbulo.

Delante de ella ya habia saltado uno de los batidores, habia cubierto de alfombras la escalinata, y con su largo bordon tocaba á la puerta de la primer antecámara que conduce á los aposentos de la reina.

—Madama Adelaide! gritó él á cuanto le daba el pecho.

El grito lo repitió un lacayo en el mismo tono, abriendo prontamente la puerta de la segunda antecámara. Repitieron la palabra los chamberlanes y de boca en boca, llegó hasta el sitio donde se hallaba sentada María Antonietta.

No se encogió poco de hombros esta al oír el anuncio, pues la interrumpe una hechicera conversacion que sostenia á la sazón con la duquesa de Polignac, y al punto se le anubió el semblante.

En un arranque fogoso rodeó con sus brazos el cuello de su amiga, imprimió un beso apasionado en sus labios y le dijo:

—Adios, Julia! Ahí viene madama Adelaide. Buen disgusto y sinsabor me esperan. Quizas ella no se cure de esto, sin embargo, por lo mismo que no hay ninguno otro presente, fuerza es que nos separemos, mi querida amiga. Pero estarás lista para ir conmigo al Trianon, luego que me deje en paz madama Posma. La reina tiene que estarse aquí media hora con los brazos cruzados; mas se desquitará con usura, porque María Antonietta irá despues con Julia al Trianon y allí gastará medio día de placer con su marido y amigos.

—Y dejará un mundo de recuerdos en el corazón de sus amigos, agregó la duquesa con sonrisa hechicera. De seguida oprimiendo con sus labios la mano de la reina y despidiéndose de ella con gracia inimitable, desapareció por una puertecita que del camarín daba paso al corredor, en direccion de los aposentos que ocupaban los "hijos de la Francia."

A tiempo mismo que la puertecita se cerraba tras los anchos pliegues del vestido de la elegante y magestuosa duquesa, se abrieron de par en par ambos batientes de la entrada principal y las dos camareras de la reina se adelantaron al umbral é hicieron una reverencia profunda, de suerte que sus enaguas se dilataron como dos globos. Luego dieron un paso atras, hicieron otra reverencia tan profunda que sus cabezas, con el peinado de pié y medio de alto, les cubrió el pecho.

—¿Madama Adelaide! dijeron á un tiempo y en el mismo tono; irguiéndose poco á poco

y colocándose á uno y otro lado de la puerta. Entonces se presentó la princesa en el umbral; quedándose detras de ella y en pié sus damas de honor y maestro de ceremonias, el gran chamberlan, pajes y caballerizos.

Á la aparicion de las camareras, María Antonietta se habia colocado en medio de la cámara, y no pudo ménos de sonreirse luego que advirtió la confusion producida por la entrada imponente de la princesa.

Esta se adelantó algunos pasos, porque la reina no se apresuró á salirle al encuentro como quizas esperaba; con lo cual se aumentó su mal humor y no tomó asiento.

—Tal vez vengo á hora importuna para V. M.; dijo ella con forzada sonrisa.—¿Estaba la reina quizas á punto de partir para el Trianon á donde me dicen que el rey la ha precedido?

—¿Han dicho eso á V. A.? le preguntó la reina en tono risueño. Me maravilla la agudeza de los oídos de madama Adelaide que oígen en el aire cuanto rumor corre, al paso que los míos que son mas jóvenes no sienten las pisadas de la princesa cuando se acerca, de modo que me sorprende y deleita la inesperada aparicion de mi buena y amorosa tia.

Todas y cada una de estas palabras, dichas de una manera muy alegre y risueña, no parece sino que atravesaron la princesa como con una aguja invisible, y la hicieron morderse los labios; cual haria si hubiera querido ahogar un grito ó reprimir una exclamacion de cólera. Al hablar María Antonietta de lo agudos que habian sido siempre los oídos de madama Adelaide, habia hecho alusion no solo á su edad avanzada sino á su impertinente curiosidad, dos cosas que no perdonan jamas las mujeres.

—¿Quiere V. M. concederme el favor de una entrevista? preguntó madama Adelaide, confesándose incapaz de entrar en lucha de pullas con su aguda y mordaz sobrina.

—Con mucho gusto, contestó la reina ingenuamente; y depende de Madama que la entrevista sea privada ó pública.

—Pido á V. M. media hora de audiencia privada, dijo la princesa llena de enojo.

—¿Señoras, audiencia privada! dijo en alta voz la reina, al mismo tiempo que hacia señas con la mano á sus camareras de retirarse. Luego revolviendo sus grandes y brillantes ojos y dirigiéndose á los hombres en la antecámara, agregó:

—Mis caballerizos, dentro de media hora el coche listo para ir al Trianon.

Se retiraron las camareras á la antecámara, cerrando la puerta tras sí.

La reina y madama Adelaide se quedaron solas.

—Sentémonos, si le place, dijo aquella señalando á esta para una silla de brazos, mientras la que hablaba tomó el asiento que ántes tenia, esto es, una otomana. V. A. tiene algo que decirme, hème aquí lista para escucharla.

—Pluguiera al cielo, dijo madama Adelaide con un suspiro, que V. M. no solo escuchase mis palabras, sino que las tomara en consideracion.

—Si lo merecen, claro que sí; repuso la reina sonriendo.

—Toma que sí lo merecen, continuó diciendo la princesa; pues que mis palabras se encami-

nan á la paz, á la tranquilidad y al buen nombre de la familia. Permittedme, señora, que ante todo desempeñe la mision de que estoy encargada. Mi buena y piadosa hermana, madama Luisa, me ha dado esta carta para V. M. y en su nombre pido á nuestra augusta sobrina que la lea desde luego en mi presencia.

Diciendo esto sacó del ridiculo que colgaba de su brazo por un cordon de seda, una carta sellada y la entregó á la reina.

No extendió la mano María Antonieta para recibirla; ántes sacudió la cabeza con tal vehemencia, que retumbó su alto tocado y dijo:

—Ruegoos, señora, me perdoneis si no recibo esa carta de la priora del convento de las Carmelitas en San Dionisio. Sabe muy bien V. A. que cuando el año pasado me mandó madama Luisa una carta por conducto de V. A., carta que leí, hice propósito de no leer cartas de ella. Tened, pues, la bondad de devolverla á la remitente.

—V. M. sabe que esta es una afrenta dirigida contra una princesa de Francia!

—Lo que sé es, que esa carta que recibí el año pasado de madama Luisa, fué una afrenta dirigida por la princesa contra la reina de Francia, y que es fuerza que yo proteja la majestad de mi carácter de la repetición de semejantes actos. Inquestionablemente esta carta es la copia de la otra. Aquella contenia inculpaciones que envolvian una abierta condenacion y consejos tales que equivalian á poco menos que calumnias. ¿Y qué otra cosa puede contener esta que V. A. se toma la molestia de traerme?

—Ya, exclamó madama Adelaida colérica; no es dudoso el contenido de esta carta sea parecido al de la anterior, porque por desgracia, las causas que le obligaron á escribir la primera, aun subsisten y no debemos sorprendernos si los efectos son idénticos.

—¡O! eso quiere decir en pocas palabras que V. A. sabe el contenido de la carta, y que V. A. de seguro me disculpa si no la leo. Apostaría que se escribió en presencia de V. A. en la sagrada celda de la priora. Eso está bueno; ella dió de manos por breve rato á los ruegos por el alma del rey difunto, á fin de ocuparse de cosas mundanales y dar oídos á las calumnias que madama Adelaida, el conde de Provenza, el cardenal de Rohan, ó algun otro de los enemigos de mi persona, se afanan en lanzar contra la reina de Francia.

—¡Calumnias! repitió la princesa brillándole los ojos de la cólera. Pluguiese á Dios, señora, que solo fuesen calumnias lo que oímos, que no fuesen mas que acusaciones vagas, y no hechos reales, todo lo que pasa, nos molesta é inquieta!

—Y tendría V. A. la amabilidad de comunicarme esos hechos? repuso la reina tranquila y sonriendo, con lo cual se aumentó la ira de la princesa.

—Son de tan diferente especie esos hechos, replicó ella en destemplado tono; que sería difícil escoger uno por separado. Los trae á luz cada dia, cada hora de la vida de V. M.

—¡Ah! exclamó María Antonieta con afectada naturalidad. No me pasaba por la mente que V. A. se ocupase tanto de mí.

—Ni yo podia imaginarme, señora, que su frivolidad fuese tal que dia tras dia quebrantase las leyes, las costumbres y los usos que se

tienen por sagrados. Si, los quebrantais, los quebrantais; os burlais de todo lo establecido, con la misma falta de juicio con que un niño juega con el fuego, y no sabe que la llama puede reventar y consumirle. Señora, he venido aquí á advertirla de nuevo y por la última vez.

—¡Dios sea loado porque es la última vez! exclamó la reina con expresion encantadora.

—Conjuro á V. M. por su propio bien, por el de su marido, por el de sus hijos, que cambie de conducta. Tome V. M. mi consejo: deje V. M. el camino peligroso por donde corre á inevitable destrucción.

Aquí se anubló el semblante de la reina, hace poco tan risueño y animado. Su perpétua sonrisa se trocó en extraña seriedad, volviendo el orgullo á reinar soberano en su erguida cabeza y en sus ojos brillantes.

—Madama, dijo, hasta ahora me he sentido dispuesta á escuchar vuestras duras filípicas con la serena indiferencia de la inocencia, y á no olvidar el respeto que se debe á la edad, como tampoco que es propio de la vejez ver siempre por el lado malo cuanto hace y dice la juventud. Pero V. A. me obliga á tomar el asunto por lo serio, porque invocando el nombre de mi marido é hijos, es lo mismo que tocar á la puerta de mi corazón. Ahora, bien, madama, dígame, ¿de qué se me acusa?

—Se acusa á V. M. de frivolidad en todos sus actos, de imprevision culpable, de entregarse á necios placeres, de extravagancia, de amor al lujo, de mezclarse en la política, de jovialidad immoderada, del prurito de las tertulias, de...

Esta ensarta de acusaciones la interrumpió María Antonieta con una carcojada tan ingenua y sonora como inesperada, con cuyo motivo la princesa quedó mas corrida y enojada de lo que puede expresarse con palabras.

—Sí, continuó ella, V. M. es frívola, porque supone que la vida de una reina ha de pasarse en los placeres, en cantar y reir. V. M. es imprevisionera, porque no descubre que las flores del día de verano en que se deleita, encubren un abismo, al cual riendo y danzando corre V. M. Se entrega V. M. á placeres necios, en vez de pasar su vida en el encierro, en la meditacion devota, en el ejercicio de la beneficencia y la piedad, como conviene á una reina de Francia. Es manirota V. M., porque da V. M. la renta de Francia á sus favoritas, á la familia de Polignac, la cual, segun cálculo, recibe ella sola la vigésima parte de las rentas del Estado; á esos señores y señoras de vuestra llamada "sociedad," alimentándoles su inclinacion á las cosas frívolas y permitiéndoles enriquecerse á costa vuestra. Ama el lujo V. M. no creyendo indigno de su posicion pasarse horas enteras con las modistas; consintiendo que un hombre os aderece el cabello, y que vaya despues al camarín de las damas parisienses, y aderece el cabello de estas con las mismas manos que aderezó el de una reina, dando asi ocasion á que imiten los peinados de la soberana de Francia. Y ¿qué peinado es ese que, inventado por una reina y bautizado con un nombre extraño, recorre todo París, toda la Francia, y el resto de la Europa?

—Ya, dijo María Antonieta con afectada expresion de horror, y es que algunos de los tales peinados andan con horribles nombres. Por

ejemplo,—peinado de los frenos del cerdo, peinado de la mordida de pulga, el perro moribundo, la llama del amor, el gorro de la modestia, el...

—El peinado de la tertulia de una reina, añadió la princesa interrumpiendo á su sobrina. El peinado del nido del amor de María Antonieta. Si, hemos venido á parar en esto, en que se dé á las modas el nombre de la reina, y que todo se revista de un baño de ligereza, de modo que la gente de seso y honrada de París, no sabe qué hacerse con las mujeres jóvenes, las cuales no piensan en otra cosa que en las modas de la reina y de la corte, huyen de toda ocupacion noble y seria, y pasan la vida en el sarao y la disipacion. Os he probado, y me prometo que no podreis negarlo, señora, que esta degeneracion de las costumbres, enmendrada por el amor del lujo, tienen su origen en V. M. y en ninguna otra; que no es solo censurable vuestra extravagancia en el bien parecer, sino vuestra coqueteria, vuestra jovialidad, y las nunca oidas ni descriptibles orgias en que toma parte la reina de Francia, y á que arrastra hasta á su marido, el rey, el hijo mayor de la Iglesia.

—¿Qué quiere decir con eso V. A. ¿preguntó la reina. ¿De qué orgias habla?

—De las que se celebran en el Trionan, con perversion de todos los usos y buenas costumbres. De las orgias en que la misma reina se transforma en pastora y permite que las señoras de la corte, que no deben aparecer ante ella sino de rodillas y los ojos bajos, vistan el propio traje y se igualen con la reina. Hablo de las orgias en que el rey, encantado por los encantos de su esposa, arrastrado por su coqueteria, hasta tal punto se olvida de su augusta y elevada posicion, que toma parte en diversiones tan necias y sufre que otros se vistan de mogiganga en su presencia.

Y esta reina, cuyas carcajadas resuenan en los bosques del Trionan, que á veces se divierte imitando los mugidos de las vacas y los balidos de las cabras, esa reina, digo, en seguida asume los aires de un estadista, y no tiene empacho de meter las mismas manos con que hace poco se entretenia en arreglar un peinado de capricho, en la complicada máquina del estado, interrumpir sus preparativos de fiesta por enredarse en la política, prescindir de los ministros antiguos y probados, para reemplazarlos con sus amigos y favoritos particulares, y, en una palabra, hacer el rey el mero ejecutor de sus antojos.

—Madama, dijo la reina levantándose, y con ojos chispeantes de la cólera; Madama, basta, ya traspasais los límites del respeto, que aun la princesa de la real casa, debe á su soberana. Os he permitido que sujetaseis mi vida pública, mis placeres, mis gustos, mis trajes á vuestra amarga crítica, pero no consentiré que penetreis en el santuario de mi vida privada, en mis relaciones con mi marido, ni mucho menos que me toqueis al honor. Decis que tengo favoritos. Nombrados, exijo de vos que los nombreis; y si vos podeis probar que hay un hombre á quien yo muestre mas favor del que puede mostrar una reina indulgente á un criado cualquiera, á un vasallo honrado y leal, deseo que comuniquéis su nombre al rey, y que se investigue el asunto sin miramiento alguno.

Tengo amigos; sí, ¡gracias al cielo! tengo amigos que hacen una gran estimacion de mí, amigos listos á todas horas á dar la vida por su reina. Tengo criados fieles y buenos. ¿Pero donde está el que puede decir que María Antonieta tiene ilícitos amores? Mi único amante ha sido el rey, mi esposo, y espero en Dios de que lo será mientras me dure la vida. Hé aquí, sin embargo, lo que no me perdonarán nunca mis tias las princesas, el conde de Provenza y toda la camarilla de la corte. He alcanzado la dicha de robar el corazón de mi esposo. A despecho de las calumnias é intrigas, el rey se dignó reposar la mirada en la pobre jóven que se hallaba solitaria cerca de él, á quien se le habia enseñado á tener en poco, si no ya á despreciar, y descubrió entónces que ella no era tan simple, estúpida y fea como se la habian pintado. Empezó pues á observarla y luego, Dios sea loado, pasó por alto que era de sangre Austriaca, y que su predecesor se la habia impuesto por sus fines particulares. Su corazón ardió en el amor de María Antonieta, y ella recibió ese cariño como un don del cielo, como la bendicion de su existencia. Si, señora, puedo decirlo con orgullo y júbilo, el rey me ama, tiene confianza en mí, razon por la cual su esposa se halla siempre mas cerca de él que sus altivas tias, por qué ella le merece mas confianza y por qué la prefiere para aconsejarse. Pero hé aquí, repito, la ofensa que nunca se me perdonará: me ha tocado en suerte desvanecer la influencia que mis enemigos y contrarios ejercian sobre mi marido. Ya ha pasado el tiempo en que Madama Adelaida podia monopolizar la atencion del rey, para acusarme, llena de pasion y cólera, de crímenes inauditos, que no tenían otra base sino mis ataques á una envejecida etiqueta, cuyas ligaduras he querido aflojar. Ya ha pasado el tiempo en que Madama Luisa podia esperar lanzarme de su sagrada celda por un arranque de ira y que doblase la rodilla en su presencia. Ha pasado ya sobradamente la época, en que le era permitido al conde de la March acusar á la reina ante el rey de haberse levantado en tiempo de contemplar la salida del sol en Versailles, en compañía de toda su corte. El rey me ama, y Madama Adelaida ha dejado de ser su consejero político; los ministros ya no serán nombrados por ella, y sin apelar á su juicio se resuelven las grandes cuestiones de gabinete. Sé que este es otro delito que me achacais, el que ya me han hecho expiar vuestras calumnias y sospechas. Sé que el conde de Provenza no tiene á menos lanzar epigramas y folletos contra su cuñada y soberana, epigramas y folletos que derrama por todo París por medio de sus creaturas. Sé que tienen la bienvenida en sus salones todos los enemigos de la reina, que se me acusa en ellos sin miramiento ni freno, y que allí se forjan las armas con que se me ataca. Pero cuidado no se vuelvan esas armas contra vos. Sois vos quien pone en peligro el reino, vos quien socava el trono, porque no reparais en presentar el ejemplo de que nada hay sagrado para vos, que ya no hay dignidad bajo el solio, que puede infamarse con insinuaciones viles. Sois vos, en una palabra, quien arroja dardos emponzoñados á la cabeza de los que llevan la corona de San Luis. Si, todos vosotros, tias y hermanos del rey, toda

la caterva de íntimos y oficiosos servidores, todos vosotros estais minando la monarquía, porque os olvidais de que la extranjera, la Austriaca, como la llamais, es la reina de Francia, vuestra soberana, vuestra señora, y que vosotros no sois mas que sus vasallos. ¡Vosotros sois criminales, vosotros sois traidores!

—Madama! exclamó la princesa; madama, qué lenguaje es ese?...

—Este es el lenguaje de una mujer en réplica á su calumniadora, el lenguaje de una reina á sus vasallos rebeldes. Madama, tened la bondad de no replicarme otra vez. Habiéis venido al palacio de vuestra soberana á acusarla y ella os contesta como conviene á su rango. Nuestra conversacion ha terminado. Me pedisteis una audiencia privada de media hora y ha pasado el tiempo sobradamente. Adios, madama; mi coche está listo y parto para el Trianon. Nada diré, sin embargo, al rey del nuevo ataque que acabais de dirigirme, y prometo olvidarlo y aun perdonaros el atrevimiento.

Hizo un ligero saludo con la cabeza, dió media vuelta y con soberano porte y aire altivo, salió del cuarto.

La siguió la princesa Adelaida con ojos en que se pintaba un odio profundo, y llevó tan adelante el olvido de sí misma, que alzó el puño en actitud amenazadora hácia la puerta por la cual acababa de desaparecer la noble presencia de la reina.

—Pero yo no olvidaré ni perdonaré; dijo ella entre sí. Me vengaré de esta orgullosa impudente que se atreve á amenazarme, me desafia y se llama mi soberana. Ved, esta Austriaca soberana de una princesa real de Francia! Ya le enseñarémos cuáles son los límites de su poder, cuáles los límites de la Francia. Se volverá al Austria. Nosotros no necesitamos esta Austriaca que osa desafiar nuestra autoridad.

Aunque habia sido orgulloso y altanero el porte de la reina con madama Adelaida, no bien entró ella en su alcoba y cerró la puerta que la separaba de su enemiga, cuando se desplomó en una silla gimiendo y saltó de sus ojos un torrente de lágrimas.

—¡Ah! Campan! Campan! exclamó en tono de honda amargura. ¿Qué es lo que me he visto obligada á oír? Con qué palabras han osado dirigirse á la reina de Francia?

La señora Campan, la camarera mayor, que acababa de entrar en la alcoba de porcelana, corrió al lado de su ama, y cayendo de rodillas, llevó á sus labios la mano que esta habia dejado colgando.

—¡Llora V. M.! dijo con su voz dulce y simpática. Ha dado V. M. á la princesa la satisfacción de saber que ha logrado arrancar lágrimas de la reina de Francia y enrojecido sus bellos ojos!

—No, no le daré ese gusto; contestó la reina levantándose al punto y enjugando sus lágrimas. Reiré. ¿Y por qué habia de llorar? Ella trató de afligirme, de herirme. Pero yo la he afligido y la he herido de modo que no es probable sane pronto.

—Pues qué; V. M. ha castigado á la princesa? preguntó madama Campan agitada.

—Sí, replicó Maria Antonieta triunfante. La he castigado, he herido su orgullo, porque le he hecho entender que yo soy la reina de Francia y ella mi vasalla. Le he dicho además, que

sus calumnias contra la reina son, ni mas ni ménos delitos de alta traición.

—¡Ah! exclamó madama Campan. Nunca perdonaré eso la orgullosa princesa. Se ha convertido V. M. en su enemiga irreconciliable y hasta que se vengue de V. M. no cesará de mover cielo y tierra.

—Que se vengue sí quiere; repuso la reina cuyo semblante empezó á animarse de nuevo. No la temo ni á toda su casta. Todas sus zetas caerán á mis piés rotas, porque me protegen y hacen inmune el amor de mi marido y la pureza de mi conciencia. ¿Y qué es lo que podrán realizar esas gentes en mi daño? Me pueden calumniar, hé aquí todo; pero tarde que temprano, se descubrirán sus calumnias, se verá que han mentido, y nadie las creerá bajo su palabra.

—¡Ay! Cómo se advierte que V. M. no conoce lo malo que es el mundo! dijo suspirando Campan. Por lo visto V. M. no cree que los buenos son tímidos y los malvados impudentes. Ignora V. M. que estos tienen en sus manos los medios para extraviar la opinion pública y que á los buenos les falta valor para enderezarla por el camino de la verdad y la justicia. Por otra parte, la opinion es un monstruo que establece acusacion, juzga, falla, sentencia y castiga de la manera mas sumaria del mundo. No se cura de la persona que persigue, suscita contra ella un enemigo mas potente que un ejército entero, y es mas implacable que la misma muerte.

—¡Ay! exclamó la reina levantando la cabeza con orgullo, yo no le temo á ese enemigo. No se atreverá á atacarme; ántes se encogerá y humillará ante mi mirada como se abate el leon cuando confronta la vista de una virgen. Soy pura é inocente. Le comprometí mi fe á mi marido ántes que él me amase, ¡la que brantaré pues ahora que me ama y es el padre de mis queridos hijos? Pero basta de cosas desagradables que manchan hasta de mencionarlas. Con qué espléndidez brilla el sol! Nos esperan en el Trianon. Vamos, Campan, vamos, la reina adoptará el traje de una esposa feliz.

Maria Antonieta pasó por delante de su camarera y entró en su camarín seguida de esta suspirando y sacudiendo la cabeza; y trató de aflojarse el corsé de la bata con sus propias manos, para ver de librarse del inmenso tontillo que tenia como en prision sus torneadas formas.

—Afuera con este traje de ceremonia y batas reales; dijo dejando caer sus tiesas ropas y quedándose en pié con un camisolin blanco y fino, que mostraba al descubierto sus brazos y hombros. Dame, Campan, un vestido de muselina blanco y camisa de gasa.

—¿Qué, volverá V. M. á presentarse en ese traje? preguntó la camarera suspirando.

—Toma que sí, exclamó ella. ¿No ves que voy al Trianon, á mi favorito retro? Debes saber, Campan, que el rey me ha prometido pasar conmigo en el Trianon todas las tardes de una semana y que ahí vamos á gozar de la vida, de la naturaleza y de la soledad. Así que, por toda una semana el rey solo será rey por la mañana, por la tarde un molinero decente en la aldea de Trianon. ¿Qué tal, Campan? no crees esa una feliz idea? Y no con-

prendes que no puedo ir al Trianon en otro traje que en uno ligero y blanco?

—Entiendo, mi reina y señora; pero me ocurre que los traficantes de Leon acaban de presentar un memorial á V. M. en que se quejan de la decadencia de la manufactura de la seda y atribuyen la causa á la preferencia de V. M. por el vestido blanco, pues que las señoras de la corte se creen en la obligacion de seguir el ejemplo de su reina y dan de manos á los trajes de seda.

—Y no sabes, que madama Adelaida misma ha apoyado ese ridículo memorial de los fabricantes Leoneses, corriendo que yo uso muselina blanca, porque quiero servir á mi hermano el emperador José, y he dispuesto se traiga esa mercancía de los Países Bajos? Ah! Dejemos esas necedades á los malignos y á los estúpidos. No serán bastantes á impedir que use vestidos blancos y sea feliz en el Trianon. Un traje blanco, pronto, Campan.

—Perdóneme V. M., pero debo ántes llamar las azafatas; contestó madama Campan encaminándose á la puerta de la alcoba.

—¡Ay! ¿Para qué tanto aparato! exclamó la reina suspirando. ¿Es posible que yo no me vea libre de los grillos de la etiqueta? Porque no has de poder tú, Campan, echarme un vestido por la cabeza?

—No soy mas que un ser desvalido y pobre, y temo las enemigas. No me perdonarian nunca esas señoras, si yo usurpase sus derechos y las separase de la adorada persona de la reina. Es su deber y su derecho vestir á V. M. y calzaler los zapatos. Ruego, pues, me deis vuestro permiso para llamar á las azafatas.

—Bien, llámalas; dijo la reina con repugnancia. Llevaré aquí en Versailles estos grillos hasta el último momento; ya me desquitare en el Trianon. De seguro que allá me aguarda el desquite.

Un cuarto de hora mas tarde la reina ya estaba acicalada en su nuevo traje y al punto salió del tocador. Habian desaparecido el tieso tontillo, el corsé de huesos de ballena, con las largas puntas salientes y el empinado tocado que habia hecho Leonard por la mañana y era obra maestra del arte del peluquero. Ahora un traje blanco, adornado con un solo volante, á modo de tapapié, en anchos pliegues distribuidos con gusto, caía sobre sus académicas formas, que habia ocultado y desfigurado el traje riguroso de ceremonia. Rodeaba el busto un solo corpiño de batista, sujeto sobre el hombro izquierdo por una banda azul, cuyas largas puntas flotaban al aire. La bocamanga era ancha, ligada con melindre angosto, bajaba hasta la muñeca, pero á través del fino género podia descubrirse el brazo torneado y blanco, y el triángulo de gaza blanca que se habia echado en el desnudo cuello, tampoco velaba completamente los contornos de sus mórbidos hombros y bien formado busto. El cabello, privado de las postizas armaduras que tanto desfiguraban la cabeza de la reina, casi desprovisto de polvo, formaba un pequeño rulo en su altiva frente, y caía luego sobre la espalda en ricos bucles castaños, sobre los cuales solo se habia soplado un poco de polvo. Llevaba al brazo un sombrero de paja grande y redondo, por los barboquejos de cinta azul, y las blanquissimas y finas manos las ocultaba en mi-

tones de seda negra. Así, con semblante radioso, las mejillas encendidas, los rojos y llenos labios contraídos de la sonrisa, todo inocencia, alegría y animación, entró Maria Antonieta en la sala de recibo, donde la esperaba la duquesa de Polignac, acicalada en traje parecido.

Al verla la reina corrió hácia ella desalada como una muchacha de escuela, y con la ternura de una hermana enlazó su brazo derecho con el izquierdo de su amiga.

—Vamos, Julia, le dijo con calor, dejemos el mundo y entremos en el paraíso.

—¡Ah! contestó la duquesa riendo, le tengo miedo al paraíso. Me horroriza la serpiente.

—No encontrarás serpientes allí, Julia, repuso la reina apretando el brazo de la duquesa. Apóyate en mí, amiga mía, y ten por seguro que te defenderé contra toda serpiente y alimaña.

—Ah! No es por mí sino por mi adorada por lo que temo á la serpiente. ¿Qué soy yo para ella? Al contrario V. M., está expuesta á sus ataques.

—¡Ay! Julia, dijo la reina suspirando, por qué cuando estamos solas me hablas en el tono seco y frío de los cortesanos? ¿Por qué no has de olvidar un poco la etiqueta cuando nadie nos oye?

—Olvida V. M., replicó la duquesa riendo, que estamos en Versailles y que las paredes oyen.

—Cierto, dijo la reina volviendo á su alegre humor. Estamos en Versailles; por eso te perdono tu estilo ceremonioso. Vamos, apresurémonos á salir de este palacio orgulloso y solemne, y gocemos de la sociedad de la hermosa naturaleza, donde no hay paredes que oyan, sino Dios que sonríe y bendice sus criaturas. Adelante, Julia.

Empujó á la duquesa por la puerta del lado al corredor pequeño, y de allí á la escalera inmediata, por donde atravesando un patio, salieron al parque, á través de una portezuela privada del palacio. Delante de esta se hallaba la berlina de la reina, junto de la cual, en pié y con el sombrero en la mano, aguardaban el caballero mayor y varios lacayos.

Maria Antonieta saltó al carruaje como una gacela y luego extendió su mano á la duquesa para que subiera.

—¡Aguja! aguja! repitió dirigiéndose al cochero.

Y los caballos partieron al trote.

### CAPITULO III.

#### TRIANON.

¡VOLAD, corceles, volad! Llevad á la reina de Francia lejos del grave y ceremonioso Versailles; del palacio de los reyes, donde todo respira exaltacion, grandeza y frialdad; llevadla al pequeño, sencillo y lindo Trianon,—á ese trasunto del paraíso, donde todo es inocencia, sencillez y paz; donde la reina puede ser mujer, y feliz tambien; y donde la jóven Austriaca tiene derecho de desterrar la etiqueta y vivir de acuerdo con sus inclinaciones, sus deseos y su humor.

Verdaderamente no parece sino que los cor-